

Ya era el mediodía cuando volvimos á Stepantchikovo. Yo me dirigí directamente al pabellón, y en seguida ví aparecer la figura de Gavrilo que traía el té. Iba á interrogarle cuando mi tío entró y le hizo marcharse.



## CAPÍTULO II

### NOTICIAS

**V**ENGO un momento nada más —me dijo con precipitación;— tengo impaciencia por hablarte. Me he enterado. No hay nadie en casa que haya ido á misa más que Ilucha, Sacha y Nastenka. Parece que á mi madre le ha dado un ataque de nervios y que ha costado mucho hacerla volver en sí. Está decidido que nos reunamos en la habitación de Foma y me han rogado que no deje de ir. Lo único que no sé todavía es si debo ó no felicitar á Foma; es una cosa importante. Me pregunto qué efecto habrá podido producirle esta historia. Sergio, presiento que se va á desarrollar una escena terrible.

—Al contrario, tío—me apresuré á

contestarle;—todo se arregla bien. Ahora ya no puede usted casarse con Tatiana Ivanovna; sería monstruoso. Era una cosa de que pensaba haberle hablado en el coche.

—Sí, sí; pero no es eso todo... En cuanto ha ocurrido se vé aparecer la mano de Dios. Pero quiero hablar de otra cosa... ¡Pobre Tatiana Ivanovna! ¡Qué aventura la suya! ¡Qué miserable el tal Obnoskin! ¡Le llamo miserable y yo he estado á punto de hacer lo mismo que él, casándome con Tatiana Ivanovna. ¡Bien! Pero en fin, no era esto... ¿Has oído los gritos de Anfissa Petrovna, sobre Nastia?

—Sí, tío. Supongo que habrá comprendido usted ya que hace falta apresurarse.

—En absoluto. Tengo que precipitar las cosas, cueste lo que cueste—contestó mi tío.—Ha llegado el momento solemne. Pero hay aún algo que no hemos visto ayer, y esta noche no he podido dormir ni un momento, pensando en ello: ¿consentirá en casarse conmigo?

—¡No faltaba más! ¡Si fué ella misma quien dijo que le quería!

—Pero añadió en seguida:—yo no me casaría con usted por nada del mundo.

—Eso se dice... Pero las circunstancias han cambiado radicalmente.

—¿Te parece? No, querido Sergio, es

delicado, muy delicado. ¿Crearás tú que á pesar de mis desgracias, sin embargo, el sufrimiento de mi corazón me hacía feliz? Hasta luego. Tengo que irme; me esperan y llegaré tarde. Solo quería decirte unas cuantas palabras al pasar.

—¡Ah, Dios mío!—exclamó, volviendo sobre sus pasos;—se me había olvidado lo principal. Mira: he escrito á Foma.

—¿Cuándo?

—Esta noche. Apenas amanecía cuando hice que le llevase la carta Vido-pliassov. Le he contado en dos carillas todo, sinceramente: en una palabra, le digo que debo sin ninguna duda pedir la mano de Nastenka. ¿Comprendes? Le suplico que no estorbe nuestra cita en el jardín y hago un llamamiento á su generosidad para que interceda en mi favor cerca de mi madre. Yo escribo muy mal; pero he escrito esta carta con el corazón, vertiendo muchas lágrimas en el papel.

—¿Y qué ha contestado?

—No me contestó á mí; pero esta mañana, cuando nos disponíamos á partir, le he encontrado en el vestíbulo, en traje de noche, con chancletas y un gorro, porque no puede dormir si no tiene cubierta la cabeza con un gorro de algodón; iba al jardín. No me dijo palabra, ni me miró siquiera. Yo le miré de frente, de alto á bajo, sin resultado.

—Tío, no cuente usted con él; no le hará á usted más que perjuicios.

—No, no digas eso—exclamaba mi tío reforzando las palabras con grandes gestos.—Tengo confianza en él. Además, es la única esperanza que me queda. Comprenderá, sabrá hacerse cargo de las circunstancias. Es un hombre malhumorado y caprichoso, no lo niego; pero cuando se recurra á su generosidad, brillará como un diamante. Hablas así porque aún no has presenciado uno de sus rasgos de generosidad. ¡Dios mío! ¡Si habla de lo que vió ayer, no sé que ocurriría! ¿En quién confiaré si no? Es incapaz de tal cobardía. Yo no puedo compararme siquiera á las suelas de sus botas. No muevas la cabeza; es la pura verdad; no puedo compararme.

—Yegor Ilitch, su madre desea verle—chilló desde abajo la voz desagradable de la Perepelitzina.—Sin duda había tenido tiempo de escuchar toda nuestra conversación.—Le buscan á usted en vano por toda la casa.

—¡Dios mío! Ya me he retrasado. Por favor, vístete. No vine más que á pedirte que me acompañases. ¡Voy! ¡Voy! ¡Ana Vilovna, ahora voy!

Al quedarme solo recordé mi entrevista con Nastenka y me felicité de no haberle hablado de ella á mi tío; esto no había servido más que para aumen-

tar su emoción. Preveía una tempestad y no me imaginaba cómo mi tío podría arreglárselas para pedir á Nastenka. Lo repito: á pesar de la fé que tenía en su lealtad, no podía menos que dudar del éxito.

Era preciso, sin embargo, andar de prisa. Me consideraba como obligado á ayudarle y dí pronto comienzo á mi arreglo; pero aun no había acabado de vestirme, cuando entró Mizintchikov.

—Vengo á buscarle—dijo—Yegor Ilitch le llama.

—Vamos.

Salimos. Durante el camino interrogué:—¿Qué hay de nuevo?

—Están todos en las habitaciones de Foma, que parece como si estuviese absorto en su pensamiento y se pasa el tiempo murmurando en voz baja. Ha besado á Ilucha, cosa que ha entusiasmado á Yegor Ilitch. Anteriormente había hecho decir por la Perepelitzina que no quería que le felicitasen y que solo había hablado de su santo para probar á su tío. La vieja aspira un frasco de sales; pero está tranquila, porque Foma está tranquilo. De nuestra aventura de esta mañana no se habla más que si no hubiera ocurrido; todos callan, porque Foma calla. En toda la mañana no quiso recibir á nadie y no se ha molestado en salir de su cuarto á pesar de

los ruegos de la vieja que le pedía por amor á la humanidad que fuese á verla á ella, porque tenía que hablarle; ella misma fué á llamar á su puerta pero él permaneció dentro de su cuarto, pretextando que rezaba por la humanidad, ó algo así. Debe de estar pensando en alguna mala partida; se le vé en la cara. Pero Yegor Ilitch es incapaz de leer en la cara y se felicita de la dulzura de Foma Fomitch. Es un verdadero niño... Parece que Ilucha ha preparado unos versos y me envían á llamarle á usted.

—¿Y Tatiana Ivanovna?

—¿Qué?

—¿Está con ellos?

—No; está en su cuarto—contestó secamente Mizintchikov. — Descansa y llora. Acaso se sienta avergonzada. Creo que la... institutriz la acompaña. Mire: ¿no se diría que se prepara una tormenta? Fíjese en el cielo que se pone.

—En efecto, me parece que se prepara.

Una nube se extendía por el cielo ennegreciéndolo rápidamente.

Habíamos llegado á la terraza.

—¿Qué piensa usted de Obnoskine? — continué, no pudiendo dejar de interrogar á Mizintchikov sobre la aventura.

—¡No me hable usted! ¡No vuelva usted á hablarme de ese miserable! — exclamó parándose de pronto y enrojecido por la ira. — ¡Imbécil! ¡Imbécil! ¡De-

jar que fracasase tal negocio, un pensamiento tan luminoso! Acaso digo una tontería; pero confieso que me habría gustado vigilar sus manejos: lo declaro francamente, y acaso usted mismo desee esta declaración. Pero le juro que, si hubiese sabido dar el golpe se lo habría perdonado. ¡Tonto, más que tonto! ¿Cómo pueden tolerarse personas así en la vida social? ¡Habría que deportarlos á Siberia! ¡Condenarlos á trabajos forzados! Pero no será de ellos el triunfo. Todavía tengo un medio á mi disposición y ya veremos que lo lograré. He concebido una idea nueva... Convenga usted conmigo en que sería absurdo renunciar á una idea por la sencilla razón de que un imbécil nos la ha robado y no ha sabido emplearla. No sería justo. Tatiana está destinada al matrimonio. Es su suerte, y si no la han encerrado aún en una casa de locos, es porque puede casarse. Va usted á conocer mi nuevo proyecto...

—Sí, pero no ahora. Hemos llegado ya.

—Sí, sí, más tarde—contestó, con la boca torcida por una risa nerviosa.

—¿Pero dónde va usted?

—A casa de Foma Fomitch. Sígame; todavía no conoce usted el camino. Ahora verá usted una comedia; porque todo esto va á tomar un aspecto de comedia.